

Conflictos globales de raíces históricas: Ucrania frente a Rusia

JORGE BRENN A BECERRIL*

LA INTENCIÓN DE ESTE ARTÍCULO es hacer una suerte de revisión histórica de cómo se estructuraron los vínculos y las fronteras civilizatorias de lo que hoy son las unidades nacionales de Ucrania y Rusia, remontándonos al siglo VII, pasando por la fase de fusión política materializada en la entidad supranacional llamada Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas (1917-1989), a fin de establecer un cuerpo de variables de carácter histórico-cultural, económicas y políticas que han puesto en acción una dinámica conflictiva después de la desaparición de la URSS y que amenaza con un escalamiento intenso que afecta la zona euroasiática. El conflicto Ucrania/Rusia amenaza con volverse intratable no obstante estar enmarcado en un contexto geopolítico que supondría su procesamiento en un curso institucionalizado.

Palabras clave: Ucrania, Rusia, conflicto civilizatorio, fronteras.

THE INTENT OF THIS ARTICLE is to make a kind of historical review of how they were structuring links and civilizational borders where there are now national units of Ukraine and Russia dating back to the seventh century, going through the phase of merger policy embodied in the supranational entity called the Union of Soviet Socialist Republics (1917-1989), in order to establish a body of variables of historical and cultural, economic and political nature, which have set in motion a conflicting dynamics after the demise of the USSR, which threatens with an intense escalation affecting the Eurasian area. The conflict between Ukraine and Russia threatens to become intractable (back in time) despite being framed in a geopolitical context that would be processed in an institutionalized way.

Key words: Ukraine, Russia, civilizational conflict, borders.

* Profesor investigador, Departamento de Relaciones Sociales, UAM-Xochimilco.

Sobre el conflicto interestatal en el siglo XXI...

Desde finales del siglo XX creíamos que los conflictos habían dejado de ser analizados desde un contexto internacional bipolar. La percepción de la amenaza había cambiado. Innegablemente la lógica del conflicto internacional se modificó radicalmente a partir del derrumbe de la Unión Soviética en muchos aspectos. Sobre todo respecto de la jerarquía y la cualidad de los conflictos. Se había terminado el capricho de una paz que podía ser mantenida sobre la base del equilibrio del terror entre las grandes potencias subordinando a las unidades políticas más débiles. Después del terror que implicó la amenaza nuclear y que hizo que subestimáramos las amenazas reales que cotidianamente se venían gestando como *guerras locales* en un contexto mundial cada vez más polarizado, éstas se volvieron más factibles.¹ El *modelo de confrontación interestatal* se volvía obsoleto mientras que los *actores no estatales* proliferaban haciendo de la negociación racional que operaba entre los Estados, un proceso menos rentable para los actores en pugna. Tal parecía que, ante la debilidad estatal (en términos de legitimidad y monopolio de los medios de violencia), los individuos y la sociedad prefieren acceder a la *violencia privada* que circula por el espacio transnacional. Así era hasta hace poco, sin embargo, hoy podemos presenciar un retorno de la lógica del conflicto interestatal en el que el terror y la coerción de un Estado se ejerce contra otro a fin de someterlo a su órbita hegemónica a la manera en que se hizo durante el ciclo de las guerras imperialistas en un mundo bipolar que se creía superado.

¿De qué estamos hablando? De que la vieja distinción entre *conflictos centrales* (entre las superpotencias), *conflictos regionales* (el conflicto central de manera indirecta) y los *conflictos locales* (actores interpuestos), obligaban a ver la nueva dinámica de los conflictos contemporáneos ca-

1. El término “Guerra” para indicar la violencia organizada ejercida por entidades políticas una sobre otra, no resulta en este sentido suficientemente sofisticado para entender una importante diferenciación entre dos posibles tipos de conflictos. Los griegos, por ejemplo –y en especial Platón en *La República*– se referían a la violencia organizada con dos términos diferentes: *stasis*, o conflicto entre grupos que se reconocen recíprocamente como sujetos esencialmente afines pero que tienen una contraposición de intereses cuya solución se encierra en una prueba de fuerza cruenta; *polemos*, o guerra total contra el totalmente otro, el bárbaro, el extranjero amenazante, el diferente (Toscano, 1998:40).

racterizados por una acentuada autonomía de los actores regionales. Por otra parte, hay que destacar la influencia de las corrientes transnacionales detrás de una racionalidad beligerante que prevalece en las dinámicas internacionales. Ahora bien, se podría abstraer un perfil característico en los conflictos contemporáneos sin dejar de reconocer que cada uno es particular.² Este perfil tendría los rasgos siguientes:

- El enfrentamiento es la resultante de un proceso de desintegración de sociedades hasta entonces pretendidamente homogéneas (Los Balcanes, la Unión Soviética, etcétera).
- Las causas de esta desintegración son particulares aunque los desafíos que presenta a los actores son de algún modo generalizables, esto es: una marcada indefinición de los interlocutores y de los mecanismos de negociación de los conflictos.
- El enfrentamiento *no es cooperativo*, a diferencia de los conflictos interestatales, sino que asume una lógica de aniquilación, sin reglas ni objetivos precisos, tendientes a un juego de suma cero.
- La violencia siempre traduce el rechazo a *la regla del otro*, racionalizándose e instrumentalizándose, ocultando o disimulando las pretensiones reales de aniquilación.

Se ha puesto en primer plano a las armas y en segundo a la política, la historia, los valores y los intereses de los hombres, de los líderes y de los pueblos (Toscano, 1998:38). Lo anterior ha desembocado en un explosivo resurgimiento del conflicto en forma de reivindicaciones fundamentalistas, obsesiones nacionalistas, etnicismos delirantes, y otras más que reeditan permanentemente la violencia como opción natural sin posibilidades de ingresar en un proceso de mediación que es cada vez más urgente.³ A ello se debe agregar que los instrumentos que desde la segunda

2. Sin dejar de reconocer también que, en principio, el conflicto es endémico, es decir, se trata de un fenómeno que surge en cualquier situación en la que haya centros distintos de adopción de decisiones y falte una información completa.

3. Para comprender el mundo actual hay que dejar a un lado el concepto de totalitarismo, indispensable para entender el siglo que está a punto de concluir, y sustituirlo con el de integrismo (Lévy, 1994:93, citado por Toscano, 1998).

mitad del siglo XX fueron creados para la prevención de los conflictos de posguerra y los de la Guerra Fría (desde el derecho internacional consuetudinario y de pactos hasta la Carta de las Naciones Unidas) fueron creados pensando en conflictos violentos de carácter interestatal que presuponían una visión cooperativa y dialogante y no la visión sin reglas ni límites en la que la aniquilación del otro se ostenta como una meta.⁴

Podríamos aventurar una hipótesis para los conflictos vigentes en la órbita de la ex Unión Soviética: “hoy día las características del conflicto interestatal correspondiente a décadas pasadas se mezclan con la lógica del conflicto transnacional en una suerte de retorno a las prácticas del pasado para determinar el futuro de nuevos centros hegemónicos”.

Desafortunadamente, se ha consolidado una lógica de la violencia en el nuevo siglo (heredada de las últimas décadas del siglo XX) cuyo perfil es la de una guerra total (*Polemos*) contra el enemigo el cual, a diferencia de la visión antigua para quien *el otro* es el bárbaro de extraña apariencia y “lengua incomprensible”, *que hoy es literalmente el vecino de casa*.⁵ A ese *vecino incómodo* es al que se coloca en la mira de nuestras fobias identitarias y al que identificamos como una amenaza para la supervivencia propia. Es a esta encarnación negativa de la alteridad “al que, o hay que alejar con la fuerza, o hay que exterminar. Sin un resquicio para el compromiso la coexistencia, la compasión, el respeto de límites o reglas en el combate” (Toscano, 1998:40).

En este trabajo deseamos focalizarnos en un tipo violento de conflicto interestatal/intraestatal, derivado de la fragmentación de una unidad estatal mayor, que tiene estrecha relación con el problema de las fronteras y las diferencias culturales. Este tipo de conflictos son los que se han desatado de manera más visible en las últimas décadas y han asumido la forma de *conflictos de tipo étnico*, por un lado, y de tipo *nacionalista* por otro. ¿Cuáles son las diferencias entre uno y otro?

4. La Guerra de las Malvinas sería un buen ejemplo de un conflicto detrás del cual existe una visión de la Guerra/*Stasis*, mientras que la “cruzada” antiterrorista contra *los talibanes* en Afganistán y la propia actitud de los fundamentalistas musulmanes con respecto a ciertos países de Occidente (Estados Unidos y Gran Bretaña particularmente) responde a la lógica de la Guerra/*Polemos*.

5. La última década del siglo XX y las que van del presente siglo nos muestran los casos derivados de la disolución oficial de la Unión Soviética, la de Yugoslavia y las guerras locales derivadas de la fragmentación de los países de la región de los Balcanes.

Conflicto étnico

- Abarca casos más generales en los que las diferencias “étnicas” forman parte central de la estructura del conflicto.
- Su intensidad oscilará entre la confrontación no-violenta e institucionalizada entre grupos diferentes con intereses distintos hasta la confrontación directa, la guerra civil o la “limpieza étnica”.⁶

Conflicto nacionalista

- Está caracterizado por la reivindicación de una independencia efectiva de parte de un sector o la totalidad de los habitantes de un territorio frente al poder de un Estado del que forman parte, basados en la convicción, racional o no, de que se posee el derecho a ser gobernados por líderes reconocidos como propios.⁷

El fin de la Guerra Fría...

Durante la *guerra fría* sin duda el factor cultural no fue menos importante, sin embargo estuvo mayormente soslayado en las explicaciones de carácter universalista en las que el paradigma desarrollista atribuyó la causalidad de la conflictividad a una lucha entre las sociedades tradicionales y las modernas, entre el atraso socioeconómico y la modernidad capitalista implícitos en el modelo “democrático” occidental. Hoy se pretende explicar el aumento de la conflictividad social, étnica, etcétera, atribuyéndole a la conflictividad una explicación de carácter “culturalista”; y no es que la cultura no cuente ni haya contado sino que es insuficiente para explicar lo sucedido tanto en las complejas relaciones interestatales como en los problemas intraestatales que hoy día son los casos más numerosos.

6. Ted Gurr (1993) proporciona una lista de más de 200 grupos minoritarios en la posguerra, distinguiendo entre los que muestran comportamientos violentos y los que no.

7. Los conflictos en Irlanda del Norte, País Vasco, Cataluña y Quebec, entrarían en estas categorías, aunque adopten al mismo tiempo características de conflicto étnico.

Los casos en que aparecen las diferencias culturales son siempre algo distintos y muestran lo engañosas que pueden ser esas mismas diferencias tal y como son presentadas. Por el contrario, existen ejemplos que se pueden entender mejor situándolos en el contexto del colapso del Estado en el que se producen, es el caso de los ex países del Este europeo y el de la ex Unión Soviética (Skankik 1999:205-235). La pregunta acerca de los factores que hacen que un movimiento étnico o nacionalista tienda o sea conducido a la violencia merece ser discutida (Van Evera, 1994:5-39; Laitin, 1995:3 43).

Pueden detectarse algunos itinerarios comunes, al margen de que cada caso es específico y se atiene a causas particulares, que pueden llevar a la violencia —aunque no siempre lo hagan de manera necesaria y mecánica.

- a) La “mentira étnica” es una de las trayectorias más comunes: si se quiere que el vecino sea considerado como una amenaza (al que hay que eliminar antes que nos elimine) hay que satanizarlo exasperando los elementos diferenciadores o inventándolos si no existen.
- b) La trayectoria del “chivo expiatorio” (utilizada por los nazis contra los judíos en la Alemania de la pre-guerra mundial o visible en las reacciones indonesias hacia los chinos y los cristianos después): articula un discurso que apunta a que en *los otros* reside la causa de todos los males del grupo beligerante que puede llegar a considerar que no hay sitio para dos pueblos en un solo territorio.

Ambas trayectorias o mecanismos parten de un sentimiento colectivo de insatisfacción con la situación que atraviesa el grupo con el consiguiente sentimiento de incertidumbre sobre el futuro.

El factor estatal...

Se parte de la idea de que un conflicto interestatal cuyos antecedentes son la ruptura de una unidad política mayor que antes integraba a una de las entidades estatales en conflicto, está expresando fehacientemente un deterioro significativo de la gobernabilidad del Estado, de su legitimidad y eficacia para atender las demandas de los grupos que en su interior enarbolan una diferencia o identidad cultural o étnica específica. A partir de

lo anterior, podríamos establecer algunos enunciados que nos servirán para enfocar los conflictos en la órbita de la exUnión Soviética (la unidad política mayor) particularmente.

- i) *La post Guerra Fría facilita el desarrollo de los conflictos y, al mismo tiempo, los propicia.* Este primer Factor Indirecto (FI1), influye y despliega el impacto de un primer Factor Directo (FD1): la carencia de *apoyo externo* a Estados ineficientes. La post Guerra Fría también fomenta estos conflictos de manera indirecta, por lo menos de una manera específica: desapareciendo súbitamente el apoyo político y económico que recibían un buen número de Estados que, debido a esa situación de tutelaje político y económico, fueron incapaces de crear un cuerpo político central, una élite política eficiente y con un proyecto nacional propio, un entramado institucional de instancias públicas coherente y una estructura económica capaz de satisfacer por sí sola las demandas de la población. El fin de la Guerra Fría deja tras de sí una estela significativa de países con limitadas capacidades de funcionamiento político y económico; algunos autores denominan a estas unidades “Estados accidentales” o “Cuasi-Estados” (Peters, 1995:18-27).
- ii) Un segundo Factor Directo (FD2), en el que debemos ubicarnos es *la proliferación, a nivel global, de los casos de reafirmación de identidad, en clave étnica.* El inicio de la post Guerra Fría estuvo acompañado por el avance de las tendencias de reafirmación de las identidades individuales que no siempre se expresaron en términos ideológicos sino étnicos. Como contraejemplo de ello se pueden exponer los eventos de Europa Oriental en 1989-1990 (Polonia, Checoslovaquia, Rumania, Hungría, Bulgaria) que tuvieron una clara base ideológica, a saber, el repudio al sistema comunista y la orientación hacia una puesta en marcha de modelos democráticos occidentales. No así los casos que han prevalecido en Medio Oriente, Asia y África, regiones donde *las fronteras de la Guerra Fría* han sido el producto de políticas instrumentalistas de las superpotencias. Hoy estas fronteras artificiales son impugnadas por identidades que reclaman fronteras que correspondan a identidades étnicas cuya memoria histórica las ubica en espacios distintos y por cuya demarcación desatan conflictos étnicos de carácter violento. Es el matiz que está asumiendo el conflicto entre Ucrania y Rusia desde finales del siglo pasado.

iii) *La globalización económica* (FI2) interactúa también con un tercer factor directo (FD3): *la agudización de los rezagos económicos y sociales. Una baja calidad de inserción de los Estados en la globalización* eleva a niveles críticos la desnutrición, el analfabetismo, la falta de recursos esenciales, el desempleo, la falta de vivienda, la ineficacia de los servicios públicos y la delincuencia organizada (mafias).

En suma, *la gobernabilidad* de los Estados está detrás de la gestación de conflictos identitarios en su interior. Ello es así porque *de no existir ese deterioro de la gobernabilidad no existiría el conflicto pues el Estado habría encontrado los medios para la superación del conflicto*. La falta de un apoyo externo que compense las propias deficiencias (que puede abarcar desde ayuda económica y respaldo político hasta soporte militar) afecta sensiblemente los niveles de gobernabilidad de un Estado (como lo muestra el FD1).

A nivel global se observan tendencias a la aparición o el fortalecimiento de lealtades nuevas ancladas en ideas de autodeterminación que se han generalizado en una porción importante de la ciudadanía, proceso que —decíamos— puede reducir los niveles de gobernabilidad de un Estado (como lo indica FD2). Lo mismo sucede en los casos en que un Estado enfrenta graves situaciones económicas y sociales, que persisten en el tiempo, casi automáticamente hablamos de *un nivel de gobernabilidad limitado* si ese Estado no logra una adecuada inserción en el proceso de globalización económica, y sus graves situaciones sociales y económicas empeoran, (como sugiere el FD3), sus niveles de gobernabilidad también disminuyen. La incapacidad de ese Estado para satisfacer las demandas primarias de los ciudadanos resulta ser una evidencia de que existe un deterioro sensible de la gobernabilidad del Estado. El efecto de uno o más factores directos puede disminuir los niveles de gobernabilidad de un Estado. Los alcances y las limitaciones de esa disminución estarán estrechamente relacionados con el contexto particular de cada caso en cuestión. Aquí la combinación —virtuosa o viciosa— de los factores directos (FD) es decisiva en la forma en que se expresará el deterioro de los niveles de gobernabilidad.

Un conflicto se agravará definitivamente⁸ cuando un Estado “dependiente” padece la falta de apoyo externo para resolverlo, incluso si tampoco se controla desde el exterior al actor que lo está enfrentando (fue el caso de Israel frente a la Autoridad Nacional Palestina encabezada por Yassir Arafat). Es lo que hoy se conoce como *la inviabilidad de un Estado* (o Estado “fallido”)⁹ que de manera muy simple se entiende como aquellos Estados que no son capaces de garantizar un nivel mínimo de autarquía a fin de mantenerse como entidades soberanas en el “nuevo” orden internacional. Se trata de la consolidación de una formación estatal sin capacidades concretas (Dorff, 1996). De ningún modo esto significa la desaparición oficial del Estado, éste continúa existiendo oficialmente pero su capacidad para insertarse en la economía mundial ha quedado reducida al mínimo y, como consecuencia, su capacidad para poder manejar sus conflictos internos que, por cierto, van proliferando al grado de producirse una fragmentación interna que puede conducir a una fragmentación territorial (por ejemplo: la ex Yugoslavia, Albania, Afganistán, la ex URSS, etcétera).

¿Es posible dar una mayor viabilidad a Estados con bajos niveles de gobernabilidad que están reproduciendo conflictos intra e interestatales? La respuesta es difícil y, como siempre, las recetas son odiosas. Lo que parece ser cierto es que los Estados que padecen procesos de fragmentación al interior deben asumir que para acceder a un mínimo de viabilidad requieren también acceder a un mínimo de gobernabilidad, lo cual supone el mantenimiento de un funcionamiento normal de cuatro instituciones políticas básicas: una administración pública no permeada por la corrupción; un poder judicial independiente; un ejército leal a las instituciones y con un mínimo de credibilidad social y, finalmente, un aparato de seguridad interna y externa cuya finalidad no sea, por principio, eliminar a la disidencia sino detectar focos de conflicto a fin de poder canalizarlos “inteligentemente” a las instancias de mediación y negociación respecti-

8. Esta caída de los niveles de gobernabilidad puede producir incluso un virtual colapso del Estado.

9. Baker y Ausink establecen que un “Estado fallido” es aquel que mantiene escasas instituciones estatales en funcionamiento, ofrece pocos o nulos servicios públicos, no tiene la capacidad de imponer sus decisiones a todos los ciudadanos, no puede ejercer el control físico sobre su territorio (porque no tiene el monopolio legal de la fuerza) y es incapaz de contener la fragmentación social. Lo cual equivale a decir que ese Estado no cuenta con la capacidad para resolver sus propios problemas sin ayuda administrativa o presencia militar exterior.

vas. Condiciones de precariedad institucional que *casi* siempre están presentes en los casos de conflictos *interestatales* e *intraestatales*.

Desigualdad social e intratabilidad del conflicto

En lo que muchos autores consideran la zona de *Extra-Occidente*, el impacto de una circunstancia histórica signada por un potencial colapso del Estado generalmente conlleva el hecho de que un conflicto intraestatal tenga escasas posibilidades para resolverse mediante el diálogo y la negociación entre los bandos en disputa. Esta situación fue particularmente clara en el caso de los países de la Europa del Este y la ex Unión Soviética.

En estas sociedades las posibilidades de transformación del conflicto, la renuncia a la violencia de parte de ambos bandos, son todavía más bajas si uno de los bandos enfrentados en el conflicto percibe una asimetría en el desarrollo económico y social entre su territorio y el que maneja el otro bando. Ello es así, precisamente, porque el grado de desigualdad entre las partes se torna una variable que se mueve de manera directamente proporcional a la identidad étnica de los bandos, es decir, a mayor desigualdad, mayor identidad con un incremento del recurso a la violencia y, en consecuencia, mayor posibilidad de agravamiento del conflicto. Puede decirse que en estos casos el recurso al empleo de la fuerza es más alto en cualquiera de los tres tipos de reivindicación étnica: 1) reafirmación de derechos, 2) contiendas por el poder y, 3) movimientos etnonacionalistas.

Esto es...

$$\Delta D = \Delta I + \Delta V \rightarrow \Delta \text{Intratabilidad del Conflicto.}^{10}$$

La cuestión de los costos del recurso a la violencia resulta aquí un factor importante en tanto que se aprecia que la lógica de elección “racional” de un movimiento nacionalista se orientará hacia la creación de un nuevo Estado-Nación, como el menor costo económico, social y político, con base en dos opciones posibles: 1) si la independencia no produce un grado de po-

10. Donde, ΔD = aumento de la desigualdad social; ΔI = aumento de la expresión identitaria y ΔV = aumento del recurso a la violencia (nota del autor).

breza mayor que la existente en la anterior situación política y 2) si se logra la pertenencia a una estructura económica multilateral, de nivel regional.

Los conflictos de raíces históricas “profundas”

Ahora bien, la dinámica del enfrentamiento entre dos actores en un conflicto dentro del Estado determina su evolución. En lo que conocemos como *conflictos de raíces históricas*¹¹ (como los existentes entre Israel y Palestina, las etnias en Afganistán, Euskadi y el Estado español, Ucrania y su dependencia histórica de Rusia, etcétera.) las posibilidades de negociación entre las partes son bajas en la medida en que las comunidades étnicas o naciones que compiten dentro de las mismas fronteras sostienen entre sí valores no susceptibles de negociación (usualmente una de las partes, o ambas, se instala en el integrismo). En estos casos generalmente se ha establecido una percepción subjetiva particular en la que cada actor percibe al Otro como una amenaza a la libre expresión y realización de su identidad étnica. Aquí aplica el principio del *Mors tua, Vita Mea* en tanto que el adversario no es percibido como una amenaza temporal sino permanente. Por tanto debe ser aniquilado, si no físicamente sí de manera política para preservar la vida de la etnia “amenazada”.

En los casos de conflictos en los que el enfrentamiento entre los actores no implica un choque en el que los valores o normas son percibidos de manera absolutista las oportunidades para la negociación del conflicto se incrementan sensiblemente. En estos casos la dinámica del conflicto puede evolucionar positivamente siempre y cuando el marco institucional en el que se desenvuelva suponga pautas y mecanismos democráticos (una cultura pluralista para el manejo de los conflictos) en los que la tolerancia, la aceptación y la reciprocidad puedan ser condiciones alcanzables para la transformación del conflicto.

11. Este concepto lo aplicamos aquí en el sentido que lo usa Peter Berger, quien lo concibe como un *conflicto de carácter normativo* en oposición al conflicto de intereses, y en el sentido de Mitchell y Banks (1997), quienes lo asumen como un tipo de conflictos entre partes que sostienen valores que, claramente, no son negociables.

El caso de Irlanda del Norte viene a caer en medio de las dos situaciones descritas. No así en el de Ucrania, en el que existen actores orientados hacia acciones de violencia extrema (pro-rusos y ucranianos soberanistas), en donde los factores lingüístico, religioso y étnico establecen plataformas de conflicto que dificultan su negociación y no se cuenta con un Estado viable (en términos de consolidación institucional y competencias de gobernabilidad), e instituciones democráticas capaces de vehicular el conflicto con el Estado ruso (poco democrático por cierto) en un marco de instituciones supranacionales claras y con un marco normativo realista para la situación de injerencia militar del ejército ruso y las acciones paramilitares (autodefensas) de los ucranianos prorusos del este de Ucrania.

En los *conflictos de raíces históricas* (generalmente “intratables”) la coexistencia conflictiva entre los bandos enfrentados pareciera no ser una situación elegida sino ser, o bien producto de la imposición de la voluntad de uno de los actores, o bien, una situación imputable a situaciones históricas externas. En suma, cuando existe un *conflicto de raíces históricas* las reivindicaciones de los pueblos adoptan la forma de *etnonacionalismo*. Éste es particular en tanto que no fácilmente asume una lógica racional, esto es, no se condiciona por un análisis costo-beneficio de naturaleza económica ya que su enfoque del progreso no es práctico sino que está siempre asociado con la separación respecto a la otra parte: no hay progreso si continúa la coexistencia dentro de los límites de un espacio geopolítico común *en condiciones asimétricas*.

Podríamos aventurar, de entrada, una hipótesis de trabajo que se verá contrastada con la exposición del caso del conflicto en Ucrania y la intervención de Rusia en éste:

En ausencia de cultura democrática, un conflicto intraestatal de tipo etnonacionalista tiene limitadas posibilidades de transformarse a través de un proceso de diálogo entre los bandos en lucha; esto dependerá también del tipo de interacción existente entre ambos bandos. Si no existe un alto grado de antagonismo es factible la negociación, y si existen una cultura democrática e instituciones consolidadas habrá posibilidades de solución. La posibilidad se aleja cuando se trata de “conflictos de raíces profundas” en los que, típicamente, el adversario es una imagen permanente y se maneja el mecanismo de la mentira étnica y el “chivo expiatorio”.

Generalmente los *conflictos de raíces profundas* adoptan la forma de *etnonacionalismo* y fácilmente caen en el recurso a la violencia como instrumento del odio interiorizado que busca la aniquilación del enemigo. En estos casos se plantea como referente un conflicto histórico arraigado que conlleva agravios históricos indecibles; la violencia y el recurso al sacrificio de mártires militantes es una constante que aleja al conflicto de las vías institucionales de solución (es por ello que los hemos considerado como *conflictos intratables*) (Brenna, 2006). En estos casos, sin embargo, llega un momento en que la violencia acaba siendo un recurso limitado que es percibido como tal por ambos bandos puesto que el objetivo de la aniquilación no se cumple. Se produce una situación de *empate técnico* en la que es muy probable que surja la iniciativa del diálogo y la negociación. Pero ¿cómo se va a poder dar un proceso de diálogo si no existen mecanismos democráticos ni instituciones para ello (ya que se parte de que, en ambos bandos, este bien es escaso)? Pareciera que el *déficit institucional* y democrático es suplido en estos casos por la *institucionalidad de terceros* que se prestan o son llamados a mediar y muchas veces a imponer un marco normativo que coaccione a los bandos y los obligue a negociar. Este podría ser el caso del actual conflicto entre Ucrania y Rusia en el que la institucionalidad la están aportando las potencias de Europa, Canadá y los Estados Unidos.

Ahora bien, no todas las diferencias culturales llevan a la formación de movimientos de tipo etnonacionalista y no todos los nacionalismos son esencialmente violentos, ni toda disputa de carácter étnico conduce a la violencia. Aquí lo que está en juego es el concurso de factores directos e indirectos que propician el conflicto interestatal. En primer lugar, la desaparición súbita del apoyo político y económico que recibían los Estados en el marco del conflicto entre las potencias hegemónicas en la Guerra Fría, provocaron un tutelaje político y al mismo tiempo una *instrumentalización* de estos Estados en interés de la dinámica de las potencias. Estos Estados fueron incapaces de crear una institucionalidad y una clase política eficiente, con un proyecto nacional propio y con mecanismos de participación y representación para satisfacer, de manera autárquica, las demandas crecientes de los distintos grupos sociales o comunidades culturales. Estos *cuasi-Estados* o *semi-soberanías* quedan a la deriva una vez finalizada la Guerra Fría y muchas veces enfrentados a la realidad de unas fronteras artificiales definidas por las políticas instrumentadas por

las potencias hegemónicas, que terminan no correspondiendo a identidades étnicas cuya memoria histórica se autoubica en espacios y fronteras distintos.

El caso de Ucrania ilustra de manera fehaciente los cambios en la forma en que los conflictos inter e intra estatales son manejados en la segunda década del siglo XXI. La disolución de la URSS en la última década del siglo XX significó en muchos sentidos un parteaguas en la forma en cómo había sido concebida la geopolítica mundial y el espectro ideológico del mundo después de más de cien años de construcción de sólidos marcos ideológicos que nutrían la acción política de grandes organizaciones y partidos políticos en todo el mundo. El enfrentamiento entre dos realidades estatales, entre dos legitimidades enfrentadas había transitado desde un enfrentamiento que suponía la liquidación del adversario a una posible negociación de posiciones toda vez que los pilares de fuerza mundial con capacidad de violencia habían dejado de representar el aval político e ideológico para toda confrontación que implicara un cambio en la geopolítica mundial. La realidad nacional, étnica y cultural denominada *Ucrania* es un hecho histórico y cultural muy complejo, que se vuelve aún más si se piensa vinculada a esa otra realidad histórico cultural llamada *Rusia*. Ambas estrechamente ligadas por circunstancias geográficas, históricas, culturales, étnicas y políticas durante muchos siglos, de tal suerte que hoy día estamos presenciando uno más de los conflictos que ambas culturas han protagonizado a lo largo de aproximadamente los últimos ocho siglos.

Raíces históricas del conflicto fronterizo entre Ucrania y Rusia

Dos civilizaciones... un territorio

Ucrania como realidad histórica y geográfica tiene su punto de origen en el siglo XII y se consolida como nación hasta el siglo XVII al formar parte del Imperio zarista, buscando su protección del permanente acoso del catolicismo occidental y, particularmente, de Polonia. Desde entonces, la religión será una de las variables de su compleja construcción como nación. Sin embargo, una de las realidades poco visibles detrás de Ucrania como hecho histórico es la existencia en su estructura original de dos civilizaciones que a lo largo de ocho siglos fueron definiendo de manera

compleja el carácter de sus habitantes, su cultura, sus formas políticas de asociación, definiendo asimismo *dos modelos civilizatorios*: los de las regiones más occidentales del territorio y los del resto de Ucrania, desde el centro-sur y sobre todo el este colindante con Rusia.

Kievan Rus era una primitiva formación estatal que se desintegró en el siglo XII dando lugar a otros quince Estados territoriales menores, dos de éstos, Vladimir Suzdal y Galitzia Volyni, dieron origen a lo que posteriormente serán Rusia y Ucrania respectivamente y, dado que la ubicación de estos territorios se situaban al extremo de lo que había sido el Kievan Rus pronto se verían sometidos a influencias distintas en términos religiosos, étnicos y en cuanto a sus regímenes económico y políticos. La plataforma religiosa heredada por estas dos derivaciones estatales era el cristianismo de Vladimir *El grande* que se había convertido a la religión cristiana en el año 988 d.C. Vladimir Suzdal al oriente del territorio e influenciado por las hordas mongólicas, mientras que Galitzia Volyni, en el occidente, pudo evadir la influencia asiática superando presiones políticas e influencias sobre su sistema político como sucedió con el territorio oriental (Vladimir Suzdal). Desde entonces los caminos se bifurcarían sobre todo en términos de las asociaciones y alianzas con vecinos geográficos muy diferentes. Galitzia (futura Ucrania) se empezaría a integrar a la cultura de Europa del este en el marco de una región que incluía a Hungría, Polonia, Bohemia y Austria, mientras que Vladimir Suzdal (futura Rusia) se integraría decididamente en el ambiente cultural, económico y político del mundo mongol y el mundo finés-úgrico¹² que lo cobijaría desde entonces y hasta el día de hoy. Aunque la mayor influencia sobre Vladimir Suzdal sería la incorporación de la *cultura imperial mongol* a la civilización que comenzaría a surgir en torno al río Volga (Doroshenko, 1939; citado por Granados, 2007).

12. La teoría de que el origen del *fino-ugrio* se corresponde con una extensa área en el norte de Europa ha sido apoyada más por los datos arqueológicos y genéticos que por los resultados lingüísticos. Algunos teóricos de la arqueología y la lingüística comparada han afirmado que el *proto-fino-ugrio* fue la lengua original en la mayor parte de la Europa central y norte, y que los primeros hablantes de *fino-ugrio* y sus lenguas se originaron en el territorio de la moderna Ucrania (la llamada *Ucrania refugiada*) durante el último periodo glacial, cuando la totalidad del norte de Europa fue cubierta por el hielo.

La diferenciación de ambos pueblos tuvo que ver con razones de carácter étnico. Desde sus orígenes se constituyeron como dos tipos antropológicos diferentes: la geografía más hostil en el lado oriental orilló a los habitantes de Vladimir Suzdal a agruparse en comunidades cerradas para ayudarse y potenciar la agricultura en un suelo pobre y en un clima extremo, mientras que Galitzia Volynia disfrutaría de condiciones geográficas y climáticas parecidas a las de la floreciente Europa. Desafortunadamente, en el año 1340 d.C., Polonia y Lituania deciden invadir Galitzia dividiendo su población en una parte sometida al modelo civilizatorio occidental (europeo) y otra que se encaminaría decididamente hacia la *civilización eslavo-ortodoxa* que ostentaba el dominio de Vladimir Suzdal en el oriente. Al principio los invasores intentaron respetar la cultura y las costumbres de los dominados hasta que, 200 años después (1569), en el *Tratado de Lublin* (Dvornik, s/f:254) se decreta el dominio absoluto de Polonia sobre el territorio de Galitzia imponiéndole presiones considerables a las expresiones culturales y religiosas de sus habitantes. La *catolización* intensiva de la nobleza de Galitzia entregó su población a los brazos del papa católico (aunque se mantendrían dentro del rito ortodoxo). Ello quedaría formalizado en la *Unión de Brest* celebrada en 1596 en la ciudad del mismo nombre. Dicho acuerdo supondría la decisión adoptada por un grupo de fieles cristianos del rito ruteno para romper su dependencia del patriarca de la Iglesia Ortodoxa (de Constantinopla) e integrarse en la Iglesia Católica Romana; este acuerdo fue apoyado por el rey de Polonia, Segismundo III Vasa y el grupo resultante es la actual Iglesia Greco-católica ucraniana (Subtelny, 1988).

En realidad, a partir de entonces los campesinos de Galitzia padecerían la dominación de la nobleza polaca en forma de impuestos elevados y una pesada servidumbre, amén de las obligaciones religiosas que les serían impuestas. A partir de ese momento comenzaría una lenta pero constante diáspora campesina hacia el sur donde establecieron el territorio denominado Sich Zaporizia, el cual con el tiempo crecería tanto en términos demográficos políticos y militares que, se atrevería a devolver la invasión a Polonia llegando a controlar la estratégica ciudad de Kiev en el centro del territorio de la actual Ucrania. Fue la *Rebelión de los Cosacos* en 1648 lo que les llevó a fundar el Estado de Hetmanate y a pronunciar su independencia de Polonia. Ésta no dejaría de hostigar al nuevo Estado que ante el tenaz y permanente hostigamiento tuvo que solicitar la protección

de Rusia (antes Vladimir Suzdal). A partir de entonces y por intercurso del Acuerdo de Pereislav en 1654, ambas realidades político-territoriales quedarían integradas en el espacio geopolítico del imperio del zar.

Rusia y Polonia se enfrascarían, desde mediados del siglo XVIII, en una guerra permanente, por el control y dominio del Hetmanate y Galitzia Volinia, circunstancia que los obligaría a pactar la paz mediante la forma de un acuerdo que establecía el reparto de Kiev y Zaporizia para Rusia y Galitzia Volinia para Polonia. La separación y diferenciación de las dos civilizaciones quedaba servida y marcaría, desde entonces, la realidad de la actual Ucrania con el sello de la *policulturalidad*.

Mapa 1. Galitzia, su localización relativa en el marco de las fronteras actuales



Mapa 2. Ubicación de los territorios de Zaporizhzhya y Kiev en el mapa actual de Ucrania



En la época del Imperio austro-húngaro (1867-1919) las regiones de la actual Ucrania que quedaron bajo la égida del imperio, tras las divisiones de Polonia, fueron Galytzia, Bukovyna y Trascarpattia (Mapa 3). Los experimentos sociales realizados desde mediados del siglo XVIII por la emperatriz María Teresa y su hijo José II, utilizarían estas regiones como laboratorio social para encontrar fórmulas de reconstrucción de la sociedad imperial. Las reformas realizadas favorecieron a estas regiones pues incluyeron la abolición de la servidumbre, el respeto a la religión, así como una reforma educativa, reformas que posibilitaron que la región de Galitzya asumiera su identidad étnica y una específica identidad como nación. Las revoluciones de 1848 en Europa afectaron al Imperio de manera sensible en tanto crearon en los pueblos que lo integraban una oleada de independentismo nacionalista; en Galitzya, que siempre se consideró una comunidad diferente, supuso la oportunidad de reclamar su derecho como nación diferente y establecer sus propias instituciones nacionales.

Mapa 3. Fronteras occidentales de Ucrania (Galizya) en 1918



Durante la Primera Guerra Mundial su territorio fue invadido por los zares pretendiendo terminar con todo rasgo diferencial respecto a los territorios del este ucraniano (Galitzya oriental) que ya Rusia se había adjudicado y cuyo blanco de presión elegido fue la Iglesia Griega Católica y las instituciones culturales de la pequeña nueva nación. Durante la Segunda Guerra Mundial, la Unión Soviética invade Galitzya y Bukovyna del norte uniendo por la fuerza –por primera vez desde el siglo XV– a todos los territorios ucranianos fragmentados antes por adjudicaciones forzadas de los poderes alrededor de la comunidad ucraniana. El resultado fue la conformación de una sola entidad política. Lo anterior desató un nuevo brote nacionalista y el inicio de una voluntad de fusión de la zona occidental y oriental de la golpeada nación ucraniana. Este intento distó mucho de poder concluirse pues la agresiva política soviética que pretendía liquidar todo rasgo cultural diferencial heredado sobre todo de la era del Imperio austro-húngaro; en tanto las zonas orientales que desde el siglo XVII pertenecían a los zares, habían asimilado la cultura ruso-eslava y las formas de gobierno soviético. La fractura civilizatoria estaba servida y el verdadero momento de su consolidación fue cuando las dos regiones de Ucrania se unen para constituirse en 1950 en una República soviética.

Así, en Ucrania existen desde muchos siglos atrás dos civilizaciones: una según el modelo y las tradiciones culturales de Europa Occidental y otra de tradición eslavo-ortodoxa que comparte con Rusia.

Después de la caída de la Unión Soviética en 1991, la mayoría de la población de Ucrania no se identificó con las tradiciones y la cultura rusa, no obstante existía una especie de lealtad secular hacia la tierra de los zares que se proyectaba en una lealtad hacia el liderazgo soviético y sus metas político-sociales. Pero en ningún momento Ucrania expresaría algún tipo de lealtad a la nación rusa como tal, pues encarnaba una tradición cultural distinta con la que se había enfrentado siglos atrás en distintos ámbitos. Por ello es que la nación ucraniana ha vivido reclamando, simple y llanamente, espacios de autonomía donde se vieran respetadas sus diferencias culturales y su identidad étnica y religiosa. Al caer el Estado soviético cae también la lealtad política que se tenía con el proyecto socialista (a pesar de los costos que Stalin infligió en vidas humanas a Ucrania en aras de las metas de los Planes Quinquenales). Es por ello que Ucrania jamás se hubiera planteado la unión política y cultural con Rusia. Ello se expresaría en el referéndum de independencia llevado a cabo en diciembre de 1991 en Ucrania y en el que ganaría mayoritariamente el SÍ (a la independencia) en gran parte debido a la expectativa de lograr un mejoramiento en el nivel de vida y en la esperanza y necesidad de construir un Estado que se encargara de poner orden al caos de la era postsoviética en la zona del viejo imperio bolchevique (Reshetar, 1952).

En las elecciones presidenciales fundacionales (1991) resulta vencedor Leonid Kravchuk, destacado ex miembro del Partido Comunista de la Unión Soviética, cuya promesa de campaña había sido un alejamiento del caos postsoviético y un realización de la autarquía económica para Ucrania. El fracaso de la gestión de Kravchuk empeoraría la situación de la joven república en el marco de una permanente presión de Rusia en relación con el tema de las negociaciones de la flota estacionada en Crimea, las armas nucleares y los bienes de la URSS que habían quedado en territorio de Ucrania. Leonid Kravchuk se apoyaría entonces en los sectores nacionalistas de la población tomando medidas un tanto duras contra diversos aspectos de la cultura rusa (idioma, religión, etcétera) y desplegando una política exterior marcadamente rusófoba que prometía aislar al *oso ruso* de Occidente a partir del *dique ucraniano*.

El fracaso del régimen de Kravchuk obligó a convocar a elecciones presidenciales anticipadas. La oferta política de un nuevo candidato que prometía mantener un equilibrio en las relaciones de Ucrania con Rusia y Occidente y el respeto a la identidad rusa en Ucrania llevó al triunfo a Leonid Kuchma, consolidando una línea política marcadamente conciliadora, de buena cara a Rusia y de una neutralización de los extremismos activos (*rusófono* y *rusófilo*) en territorio ucraniano. Sin embargo, la corrupción gubernamental y el empeoramiento de la economía lo llevarían a los brazos de Moscú en la búsqueda de apoyos materiales y políticos con la ingenua idea de preservar un mínimo de la soberanía posible para la caótica Ucrania.

El sueño ucraniano de una nación soberana íntegra y pacífica

El sueño nacional ucraniano siempre ha fracasado debido en gran parte a las intervenciones y agresiones de sus vecinos fronterizos, Rusia, Polonia, etcétera. El escritor ucraniano Yuri Andrujovich señala que “en principio, la historia de Ucrania es siempre la misma: anexiones y luchas para alcanzar la liberación o la soberanía” (Campos, 2015). Un recuento de las intervenciones históricas en contra de los intentos de Ucrania por conformarse como nación y preservar su identidad étnica, lingüística, religiosa, etcétera, nos arroja una serie de momentos cruciales que atentaron contra la voluntad nacional ucraniana.

- La invasión de los mongoles a mediados del siglo XIII, en la cual Kiev (la capital milenaria) quedó totalmente destruida por las llamas, consecuentemente el desarrollo cultural del país se retrasaría más de un siglo.
- En 1654 el gobernante cosaco ucraniano Bohdán Jmelnitski firma un pacto de unión con los zares moscovitas (el Acuerdo de Pereislaw), inmediatamente después, Moscú hace quebrar todo intento ucraniano de constituirse como un Estado soberano.
- En el siglo XVIII, en la era de Pedro I y de Catalina II (sobre todo esta última) se liquidó completamente la República Libre cosaca conocida como Sich de Zaporozhia en 1775. A raíz de ello los campesinos ucr-

nianos se convierten en siervos de los zares (como ya había sucedido antes con los campesinos rusos).

- Entre 1918 y 1920, el territorio histórico de Ucrania es escenario de ataques intensos tanto del Ejército Rojo de la Rusia bolchevique como de las Guardias Blancas (ejército leal a los zares y contrario a los bolcheviques) que combaten al unísono contra la independiente República Popular de Ucrania, surgida como consecuencia de las revoluciones de 1917. La joven Ucrania contaba con muy pocas fuerzas para ofrecer resistencia en todos los frentes, por lo cual la mayor parte de su territorio pasó a ser, nuevamente, una colonia rusa que desde 1922 se llamó República Socialista Soviética de Ucrania.
- Los años 1933-1934 estuvieron marcados por el exterminio masivo del campesinado ucraniano por parte del poder central bolchevique, mediante lo que se ha llamado el *Holodomor*: una hambruna provocada por la explotación inhumana de los campesinos ucranianos a quienes Stalin y sus burócratas les exigían cuotas de producción agrícola imposibles de cumplir. Esta medida, según estimaciones de los historiadores, costó entre 3.5 y 6 millones de vidas humanas en Ucrania.
- Durante la Segunda Guerra Mundial la vapuleada Ucrania perdió otros 10 millones de personas, mientras que en la postguerra cientos de miles de ucranianos fueron castigados por su “insuficiente lealtad” al régimen soviético.

La Revolución Naranja (*Pomaráncheva Revolyutsiya*)

Esta “revolución” se enmarca dentro de las denominadas “Revoluciones de colores” que tuvieron lugar entre 2003 y 2005 en tres de las ex-repúblicas soviéticas. La Revolución Naranja fue la segunda en tener lugar en esa región y se desató tras el fraude en las elecciones presidenciales llevadas a cabo en el 2004, al igual que el resto de las Revoluciones de colores, su originalidad provino de haberse llevado a cabo desplegando una estrategia de movilización pacífica y dentro de un verdadero espíritu de no violencia. Así, las protestas y manifestaciones sociales que tuvieron lugar en noviembre de 2004 en Ucrania, tras unas elecciones presidenciales que fueron tachadas de fraudulentas por la oposición política y por organizaciones nacionales e internacionales, se les conoce ahora como

la Revolución Naranja. Estas protestas fueron encabezadas por dos destacados políticos ucranianos: Víktor Yúshenko y Yuliya Timoshenko quienes fueron la cabeza de la “Revolución naranja”, en la cual participaron miles de manifestantes. Fueron protestas multitudinarias con las que se logró presionar al gobierno de Ucrania para una segunda vuelta en las elecciones presidenciales celebradas. Pero este movimiento también fue importante en tanto que hizo que la repetición de la segunda vuelta electoral fuera seguida con gran interés y contara con un gran número de observadores internacionales evitándose, así, un nuevo fraude. No era la primera vez que el gobierno organizaba un fraude electoral, ya lo había hecho en las anteriores elecciones presidenciales de 1999, en las que Kuchma logró renovar su mandato. De no haber existido el ímpetu de esta “revolución” democratizadora, el fraude electoral que se estaba fraguando hubiera permitido la continuidad en el poder del mismo grupo político en contra de la voluntad de la ciudadanía que había votado por el cambio. La segunda elección, no obstante, fue declarada como limpia y legal y en la cual los resultados mostraban una clara victoria para Yúshenko, quien recibió 52% de los votos, comparado con 44% del candidato del régimen, Víktor Yanukóvich. Así, Yúshenko fue declarado como el ganador oficial entrando en funciones el 23 de enero de 2005 en Kiev, la capital, con lo que se dio fin a esta oleada de manifestaciones y protestas. Por primera vez desde la independencia del país en 1991, la oposición accedía a un espacio de oportunidades reales de gobernar los destinos de la caótica Ucrania. Pero ¿qué fue lo que en realidad cambió?

Desde los primeros años del nuevo milenio la oposición, encarnada en Víktor Yúshenko (Nuestra Ucrania), Oleksandr Moroz (Partido Socialista de Ucrania), Petró Simonenko (Partido Comunista de Ucrania) y Yulia Timoshenko (Bloque de Yulia Timoshenko), habían presentado una declaración conjunta en lo concerniente al “inicio de un estado de revolución en Ucrania”. El color naranja fue adoptado originalmente por el campo político de Yúshenko por ser un símbolo de la tendencia política (ni roja –comunista– ni rosada o blanca –derecha nacionalista) de su campaña electoral. Posteriormente este color-símbolo inauguró una tradición en los movimientos sociales en Ucrania, también toda una serie de términos políticos, como “los naranjas” (*Pomaránchevi* en ucraniano) para sus seguidores más fieles (D’Anieri, 2007). Al momento en que las protestas masivas se incrementaron, y especialmente cuando provocaron

el cambio político en el país, el término de “Revolución naranja” se convirtió en la marca del momento político que se estaba viviendo. Mientras tanto, en la vieja Rusia la revolución naranja empezó a ser descalificada y re-calificada convenientemente como una Revolución *de corte fascista* promovida por el nacionalismo ucraniano de grupos de extrema derecha y de ucranianos-americanos (incluyendo a la esposa de Víktor Yúschenko, Kateryna Yúschenko, quien nació en Estados Unidos). El nacionalismo ruso alentado por la maquinaria propagandista de Putin se apresuró a catalogar a los movimientos de oposición como derivaciones del fascismo pro-europeo y antiruso.

El presidente de Ucrania había realizado en los últimos años diversas modificaciones a la legislación ucraniana a fin de poder reformar la Constitución con el objetivo de concentrar un mayor poder en la figura presidencial, transfiriéndole atribuciones y poderes que antes dependían de la Rada (el Parlamento). Frente a ello, la sociedad ucraniana se levantó en contra de un gobierno que no sólo había llevado a cabo diversos fraudes electorales para mantenerse en el poder sino que, además, enfrentaba un permanente reclamo social y político por un sinnúmero de casos de corrupción denunciados y la escasa libertad de prensa existente en el país.¹³ En este contexto autoritario, la sociedad ucraniana volvió a salir a la calle a protestar y manifestar su desacuerdo con el creciente autoritarismo con el que Kuchma gobernaba el país. La precaria democracia ucraniana empezó a dejarse ver en el escenario mundial: un buen número de asociaciones y organizaciones extranjeras apoyarían financieramente las manifestaciones, propiciando con ello la creación de un escenario de mediación política en el que Estados Unidos y la Unión Europea desempeñarían un rol central durante el conflicto. Sin embargo, seis años después, en 2010, Víktor Yanukovich se convertiría en el sucesor de Yúschenko como presidente de Ucrania, después de que la Comisión Central Electoral y observadores internacionales declararan que la elección presidencial fue limpia y transparente. Durante su gobierno el fantasma de la Revolución naranja había logrado crear un espíritu (o un fantasma) de gobierno fiscalizado por la oposición.

13. Los medios de comunicación eran sometidos a diversas coacciones, y en los últimos 10 años más de 30 periodistas habían sido asesinados, entre ellos el periodista independiente Heorhiy Gongadze.

En 2014 las secuelas de la rebelión naranja desataron una revuelta ante el incumplimiento de las promesas de asociación con la Unión Europea que el presidente había prometido cristalizar. Todo un año Yanukovich anunció su voluntad para firmar un Acuerdo de asociación política y económica con la Unión Europea (UE). No obstante y de manera unilateral, el 21 de noviembre de 2013 el presidente decide suspender las conversaciones con los líderes europeos. La reacción de la oposición fue mayúscula, pues el Acuerdo (denominado Sociedad Oriental de la Unión Europea) estaba encaminado a establecer vínculos políticos y económicos importantes, una apertura de fronteras y del comercio estimulando procesos de modernización y una consolidación de los procesos de democratización. Y al parecer, una de las razones de la retractación del presidente ucraniano fue la negativa de Rusia para aceptar un sesgo tan importante en la política soberanista de Ucrania. Al enterarse del Acuerdo la maquinaria estatal rusa tomó a Ucrania por el cuello amenazándola con subir el precio del gas (en pleno invierno) si se firmaba el Acuerdo. De no hacerlo y darle gusto al oso ruso, Rusia le daba la oportunidad a Ucrania de integrarse a la Unión Aduanera, liderada por Rusia, espacio en el que obtendría grandes ventajas económicas (sobre todo la reducción del precio del preciado gas ruso) a cambio del sometimiento a su hegemonía. Por otra parte, en lo personal Yanukovich también estaba presionado por una exigencia de la UE que no estaba dispuesto a cumplir: la liberación de la ex primer ministro Yulia Tymoshenko, uno de los líderes de la Revolución naranja del 2004.¹⁴

Como consecuencia de la segunda oleada de protestas de la oposición y los sectores proeuropeos en Kiev, Yanukovich fue expulsado del gobierno provocando, con su huida a Rusia, una serie de choques en la Plaza de la Independencia (llamada Maidán), entre manifestantes y fuerzas del gobierno, en febrero de 2014, lo que hoy se conoce como el *Euromaidán* (por sus motivaciones europeístas). Estas protestas resultaron en más de cien muertes y desataron una ola de protestas mayores y enfrentamientos organizados con las fuerzas gubernamentales y grupos de choque oficialistas. A lo largo de varias semanas y meses, cientos de miles de ciudadanos ucr-

14. Dos años antes la habían declarado culpable de abuso de poder en relación con un acuerdo de gas con Rusia sentenciándola a siete años de prisión en un caso que, para muchos, tenía un evidente trasfondo político.

nianos llegaron desde todos los puntos del país para reunirse en el centro de Kiev y defender su aspiración a una normalización de sus expectativas ciudadanas frente a un gobierno corrupto que traicionaba las promesas y los acuerdos locales, nacionales e internacionales, por temor a disgustar a la Rusia de Putin. No es exagerado afirmar que en el invierno y la primavera del 2014 el espacio público de Kiev se convirtió en la arena de la lucha política, una arena desigual puesto que, desde los edificios públicos, los francotiradores leales al gobierno disparaban selectivamente a los ciudadanos que protestaban y que caían muertos uno a uno sin saber de dónde ni cuándo llegarían las balas a apaciguar definitivamente sus reclamos.

Yanukovich literalmente huyó para refugiarse en Rusia dejando el poder vacío una vez que la Rada ucraniana (el parlamento de Ucrania), votó mayoritariamente por su renuncia. De inmediato, y una vez a salvo en las faldas de Putin, declaró en una conferencia de prensa que no lo habían derrocado e insistió en que seguía siendo el jefe y que sólo quería llevar la paz a su país, la armonía y la prosperidad. En ese momento anunció, junto con el presidente Putin, que Rusia compraría 15 mil millones de dólares de la deuda de Ucrania y reduciría el precio que Kiev paga por el gas. Cuando las manifestaciones no se redujeron, decidieron llevar a cabo una ley antiprotestas. Al mismo tiempo el embajador de Rusia ante la ONU culpó a los miembros de la Unión Europea de las manifestaciones sangrientas que provocaron el derrocamiento de Yanukovich.

La intervención de Rusia

Cuando Ucrania estaba por superar los horribles acontecimientos del Euromaidán y encontrando un mínimo de estabilidad después de la ridícula huida de Víktor Yanukovich a las enaguas del presidente ruso, un suceso inesperado vino a escalar la crisis interna que atravesaba Ucrania: fuertes tensiones volvieron a encenderse en Crimea, la parte meridional del país en donde prevalece un firme apoyo a Rusia. En Crimea habita una población de origen ruso ajena o en desacuerdo con las protestas del Euromaidán. Su identidad es rusa, su lengua también, y como tales solicitaron la intervención de Putin en esa estratégica región del sureste de Ucrania: ahí está anclada nada menos que la flota rusa, que ha alquilado el puerto de Sebastopol hasta el 2042. Para beneplácito del presidente ruso, las deman-

das de la población de la península de Crimea, verdaderas o fabricadas, dieron la pauta para una “justa” intervención de Rusia en la crisis ucraniana. De inmediato el presidente ruso envió un grupo de tropas especiales “sin identificar”, que tomaron el control de las ciudades más importantes de Crimea, así como del parlamento local. A continuación, Putin pidió y obtuvo permiso del Parlamento ruso para *intervenir militarmente* en Ucrania. En este contexto los habitantes rusos de Crimea fabricaron la iniciativa de un referéndum de *adhesión a Rusia* el domingo 16 de marzo. El resultado fue que 96% deseaba ser parte de Rusia. Los observadores internacionales no tuvieron las condiciones ni la oportunidad de verificar los resultados.¹⁵ El gobierno ucraniano puso de inmediato en alerta a su ejército, pues Rusia había movilizado ya el suyo junto con su flota.

Ahora bien, ¿por qué la península de Crimea se está volviendo un punto álgido en el conflicto regional de Ucrania? Algunos elementos nos dan cuenta de la importancia estratégica de esta región sudoriental de Ucrania, a saber:

- Legalmente Crimea no es parte de Rusia pero alguna vez lo fue: para los rusos, desde que Catalina II conquistó Crimea en 1783, la región es indisoluble de Rusia, a pesar de que fue devuelta a Ucrania por Nikita Krushev en 1954 por una decisión considerada errática, por lo que no están dispuestos a renunciar a dicho territorio.
- El gobierno ruso ha estado interesado en Crimea por sus ricas tierras agrícolas y su acceso al mar Negro. Luego del colapso de la Unión Soviética en 1991, algunas personas de la región deseaban que Crimea se separara de Ucrania y volviera a formar parte de Rusia, pero los legisladores de Ucrania y Crimea decidieron en una votación que seguiría siendo parte de Ucrania.
- Ucrania es la justificación necesaria para lanzar un ataque de mayores dimensiones y presenta, además, dos ventajas específicas: *a)* la más importante es la muy deseable entrada al Mediterráneo; *b)* la segunda es el importante complejo armamentista que, hasta hoy, tenía en Rusia a su mejor cliente: si Rusia toma Ucrania, gana en geografía y en comercio.

15. Hombres armados tomaron los edificios del gobierno regional en Crimea e izaron la bandera rusa esa semana de marzo. "Crimea es Rusia", coreaban los manifestantes, mientras sus opositores les respondían: "Crimea no es Rusia".

De regreso al futuro: ¿una nueva Guerra Fría?

Ante los acontecimientos que, desde la primavera de 2014, hemos presenciado en la región fronteriza entre Ucrania y Rusia, cualquiera podría afirmar que hemos vuelto a reeditar una suerte de Guerra Fría con la misma fuerza gélida que alcanzó en la década de 1960 en que la Unión Soviética y Estados Unidos, junto a sus aliados del bloque de naciones occidentales, utilizaban las regiones en sus órbitas respectivas para enfrentar al enemigo y demostrarle su capacidad de dominio estratégico sobre la geopolítica mundial. La irracionalidad aparente que está inspirando los movimientos beligerantes al interior y al exterior de Ucrania parecen evocar un pasado conflictivo cuyas formas de ser manejado pasaban por expresiones y manifestaciones de fuerza excesiva, estigmatizaciones del enemigo e incapacidad para hacer valer una esfera intermedia de diálogo y negociación en torno a las causas y razones de los diferendos regionales entre los Estados en conflicto. ¿Realmente existen razones para pensar en un regreso al escenario bélico de la Guerra Fría?

Lo que es bastante claro es que Ucrania se ha convertido en el escenario perfecto en el que las fronteras de la geopolítica global se han desdibujado pues no hay un perfil claro de dónde termina Europa y dónde inicia el imperio ruso con su extensión hasta Asia. De ahí que las potencias de Europa insistan en mantener la noción de Rusia como un país europeo sin volver al juego de establecer líneas ideológicas o geopolíticas muy rigurosas que separen las regiones con criterios añejos, sino más bien pensar en términos de una comunidad articulada de convivencia pacífica con valores e intereses afines. La estrategia de Rusia es, sin embargo, distinta cualitativamente en tanto está en la prioridad de sus intereses “escarmantar” a Ucrania por haber expulsado a un presidente que respondía básicamente al interés ruso más que al de Ucrania; por otra parte, está su interés histórico y geoestratégico de potenciar y confirmar sus derechos en la península de Crimea, un lugar de la mayor importancia geoestratégica para la flota rusa del mar Negro y sus pretensiones de hegemonía regional. Finalmente no es un secreto que Putin, en sus delirios de gran Zar, pretende restablecer las fronteras del sueño soviético (¿o el de los zares?) y convertirse en el poder decisorio en la región euroasiática frente y en contra del interés occidental postguerra fría. Como señala un experto en historia rusa: “Putin quiere restaurar a Rusia como una gran potencia en el table-

ro mundial, no pretende restaurar la URSS en su dimensión bolchevique, comunista, soviética, pero quiere devolver a Rusia su dimensión de gran potencia” (Meyer, 2009).

Frente a este escenario, la reacción de las potencias occidentales, Estados Unidos en principio, ha tomado un tinte no menos drástico: se han aplicado todo tipo de sanciones a Rusia (la suspensión de su membresía en el G8), y otras presiones de carácter comercial y financiero que poco a poco han ido complicando la aparente seguridad con la que Putin se había estado manejando a lo largo de 2014, con la impune invasión ilegal de Crimea y su incursión soterrada en la región oriental de Ucrania apoyando financiera y logísticamente a los separatistas pro rusos en Ucrania. En la estrategia de Putin está una voluntad de desobediencia a lo que considera una imposición de Occidente, especialmente por parte de la Unión Europea, en lo que considera el afán de esta última por expandirse más hacia oriente y acosar así a Rusia. ¿Pero existen realmente elementos para afirmar que todo lo anterior expresa un regreso a la Guerra Fría de hace más de cinco décadas?

El recrudescimiento de la cuestión ucraniana era de esperarse una vez que el gobierno de Víktor Yanukovich cayera de manera abrupta, dejando los hilos del Estado a una oposición un tanto anárquica, enfrentada y sin proyecto definido. Yanukovich huyó a Rusia y ha sido el principal demandante de una intervención en su país para recuperar el poder. Rusia ha destacado aproximadamente unos 16 mil efectivos militares en la península de Crimea con el argumento de proteger los derechos de la población rusa en este espacio y prevenir actos terroristas. Lo cual es considerado por Estados Unidos como una agresión y una violación del derecho internacional. Pareciera entonces una reedición de la Guerra Fría con un choque de los dos grandes poderes, al más puro estilo de los tiempos de la Posguerra. Günther (2014) afirma que esto es un mero espejismo, pues no existe una “competencia sistémica exacerbada”, ni tampoco se puede hablar de la existencia de un “teléfono descompuesto” entre las partes en conflicto y entre los grandes poderes con intereses en la zona, pues —muy al contrario— “existe un alto nivel de comunicación mutua con base en una interdependencia económica construida en las décadas pasadas”. Tampoco existe una atmósfera *sobreideologizada* como en el pasado que oponía un mundo de libertad a uno de falta de libertades elementales.

Estados Unidos, a diferencia del pasado, tiene menos margen de maniobra y acción como superpotencia, lo cual significa que no tiene muchos elementos a la mano para mejorar significativamente la situación de un gobierno en Kiev que tiene poca cohesión, escasa experiencia de gobernar y todavía menos capacidad de control sobre el territorio nacional y las fuerzas armadas de su propio país —señala el profesor Maihold. Aislar a Rusia fortaleciendo la integración de occidente no es solución porque acaba siendo un recurso de la Guerra Fría que, en las condiciones actuales, pecaría de disfuncional. Por otra parte, sería una negación arbitraria de los procesos de interdependencia económica que privan en todo el mundo y que obliga a todas las regiones a pensar y actuar en términos de *responsabilidad global común* y de la necesidad de la cooperación para resolver problemas comunes.¹⁶

Quién se atrevería a afirmar que, en el marco del actual *desgobierno* de Ucrania, cualquier propuesta lanzada al escenario de negociación sea tan válida como lo sería la pasividad en el escalamiento del conflicto. Y en efecto, la amplia gama de propuestas que han sido esbozadas en alguna de las fases de negociación va desde una federalización hasta una fragmentación entre las partes; unas con orientación hacia Europa y otras de orientación rusa. Obviamente Putin sabe de esta situación de desacuerdo y desgobierno en las filas de los soberanistas ucranianos, y las ha estado utilizando contra ellos mismos en tanto fija su interés en establecer “territorios de amortiguación” entre una Unión Europea en expansión y las extensas fronteras de Rusia. El peor escenario sería, sin lugar a dudas, un *relineamiento regional* a consecuencia de una cancelación (*de facto* o *de Iure*) de Ucrania como unidad territorial, escenario cuyos riesgos mayores serían la multiplicación de los conflictos hacia dentro de un gobierno de transición caracterizado por su heterogeneidad interna y la desestabilización de los equilibrios inestables de una geopolítica mundial en la que las potencias hegemónicas se están realineando a pasos acelerados.

16. “La misma presencia de empresas occidentales en Rusia, la dependencia europea del suministro de petróleo y gas de Rusia, el papel constructivo que Rusia ha asumido en Siria son ejemplo vivo de esa interdependencia” (Maihold, 2014).

Referencias

- Brenna, Jorge E. (2006). *Conflicto y democracia. La difícil configuración de un orden pluricultural*. México: UAM-Xochimilco.
- Campos, José Aníbal (2015). "Ucrania, entre Rusia y Occidente. Un diálogo entre Yuri Andrujovich y Karl Schlögel", *Letras Libres*, enero, México.
- D'Anieri, Paul (2007). *Understanding Ukrainian Politics: Power, Politics, and Institutional Design*. Armonk, Nueva York: M.E. Sharpe.
- Dorff, Robert (1996). "Democratization and Failed States: The Challenge of Ungovernability". *Parameters*, verano.
- Doroshenko, D. (1939). *History of Ukraine*. Canada: G.W. Simpson.
- Dvornik, Francis (s/f). *The Slavs in European History and Civilization*. Rutgers University Press.
- Günther, Maihold (2014). "Ucrania ¿El regreso de la guerra fría?", *Nexos*, marzo, México.
- Gurr, Ted Robert (1993). *Minorities at Risk: A Global View of Ethnopolitical Conflicts*. Washington: United States Institute for Peace.
- Laitin, D.D. (1995). "National Revivals and Violence", *Archives Européennes de Sociologie*. vol. 36, núm. 1, pp. 3-43.
- Lévy, Bernard-Henri (1994). *La Pureté Dangereuse*. París: Grasset.
- Meyer, Jean (2009). "Rusia: el nuevo sueño imperial", *Letras Libres*, octubre, México.
- Mitchell, Christopher y Michael Banks (1997). *Handbook on conflicts resolution*. Londres: Pinter Wellington House.
- Peters, Ralph (1995). "The Culture of Future Conflict", *Parameters*, invierno, pp. 18-27.
- Reshetar, John (1952). *The Ukrainian Revolution, 1917-1920*. Nueva Jersey: Princeton University Press.
- Skankik Leff, Carol (1999). "Democratization and Disintegration in Multinational States. The Breakup of the Communist Federations", *World Politics*, vol. 51, núm. 2, pp. 205-235.
- Subtelny, Orest (1988). *Ukraine: A History*. Toronto: University of Toronto Press.
- Toscano, Roberto (1998). "De la guerra a las mil guerras", *Claves*, núm. 80, marzo, Madrid.
- Van Evera, Stephen (1994). "Hypotheses on Nationalism and War", *International Security*, vol. 18, núm. 4, pp. 5-39.